

La paloma

■ ■ Juan Manuel Carreño*

Como todas las mañanas, la anciana alimenta a las palomas. Les platica de sus cosas, las mimas, las llena de consejos. Algunos paseantes piensan que está loca, otros solamente la miran, sonrientes, al pasar.

Florence se llama la doncella; diez y ocho años estallan en su cuerpo. Blancos sus dientes, negros sus cabellos. Mirada franca y abierta de quien confía en la vida. Hoy entregará su palomito a Emilio, la prueba –dijo él– para darle matrimonio.

No hubo tal. Emilio levantó el vuelo, lo mismo que las palomas que a diario ella alimenta. Ochenta años. Recuerda su venganza. Las palomas no volarán hoy.

Sintiendo el corazón partido, Florence se refugió en su cuarto. La familia al fin lo supo. Exámenes, nada. Qué bueno que no pasó nada. Pero si había pasado, y el palomo debía pagar su crimen.

Florence sigue alimentando las palomas. Redondea su venganza. Dos años han pasado y de Emilio nada sabe. Mas espera, espera siempre. Todo está rigurosamente preparado, sólo falta la víctima.

Ésta aterriza dos días después. Ella lo ve. Flaquea, mas recuerda: Mentir es fácil cuando se busca un fin, ¿verdad Emilio? –dice para sí.

Comprende las disparatadas explicaciones que él inventa. Asiente, aceptando las mentiras, y al final dice sonriente:

– ¡Lo importante es que estás aquí y ahora soy feliz!

Emilio, complacido, sueña con el festín: Paloma asada.

Ella se deja querer en ese rancho prestado. Finge que gime, exagera su gozo.

Escritor, vendedor y editor de libros. Tiene varios premios de cuento en su haber. Sus narraciones se han publicado en los periódicos El Norte y El Porvenir, y en las principales revistas literarias de Monterrey.

Amanece.

Emilio duerme destapado.

León satisfecho digiriendo paloma.

Dos rayos plateados se incrustan en su pecho.

Dagas que Florence escondía, sedientas de sangre hoy se saciaban.

Ahora, paloma comía león y le gustaba.

Nunca hizo un pozo con tanta alegría como aquel que hizo al pie de los cipreses. Después de Emilio serían diez más los que comerían carne de paloma. Los cipreses lucen cada vez más fuertes ¿tendrán abono especial?

Florence se despide de la vida. El pan de las palomas lleva hoy el néctar de la muerte. Ya no quiere vivir. Sesenta y dos años han pasado desde que fue en realidad feliz.

La anciana sigue alimentando a las palomas. Las mimas, las aconseja, les cuenta en voz baja trozos de su vida. A veces ríe sola. Las palomas comprenden que también ella es paloma. Ella también se alimenta.

Una alfombra de palomas muertas rinde postrer tributo a su protectora y ama. Ella, en el centro del círculo plumífero, mira al cielo retando a la muerte. No puede morir y quiere. No quiere vivir y vive.

Las dagas, compañeras de aventuras, aparecen en sus manos. El corazón de la paloma pide su alimento y ella sin temor alguno lo complace sin pensarlo.

Florence yace en el centro de sus amigas las palomas. Ellas le miran obedientes despertar de su marasmo. El camino ha terminado, es hora de partir.

La joven Florence está feliz. Ella alimenta a las palomas. Es un día especial. Emilio le propondrá matrimonio.